

todos los entes de la creacion, dispensador de las altas leyes de la naturaleza, y árbitro de las eternas voluntades de un Dios. De este modo pronto considera el hombre que su cuerpo no es mas que un quebrado diminuto de sí mismo; y que en su interior abriga un poder secreto de intelijencia, de razon, de talento, oríjen de todo su imperio sobre la tierra, para gobernar en cierto modo el sistema de los cuerpos organizados: bien así como la pólvora da al arma de fuego su terrible pujanza, del mismo modo el poder espiritual del cerebro carga, por decirlo así, en el hombre con toda su prepotencia.

A no ser el hombre y la armonía que el mismo establece en la naturaleza, las fieras usurparan un desapiadado señorío, y destruirian las pacíficas castas de los herbívoros, las cuales por su parte mantienen el equilibrio entre los vegetales. Sí, cual demuestran todas las analogías, hay en los demás planetas un sistema de cuerpos organizados, fuerza es que haya tambien en ellos un caudillo y un centro, al cual se dirija la potencia de equilibrio y de gobierno; y de esta manera queda encontrado el complemento, la llave maestra de las criaturas organizadas y vivas en cada globo de los que majestuosamente jiran por los etéreos espacios (1).

(1) Las consideraciones acerca del oríjen y eslabouamiento de los seres animados en la naturaleza no pertenecen ya de un modo especial á la historia del hombre, sino que deben precederla. Efectivamente, nuestra especie ha debido ser la última en aparecer sobre la tierra, conforme dejamos espuesto en la obra *De la puissance vitale*, etc. Paris, 1823, en 8°. páj. 134 y sig.

SECCION TERCERA.

DE LAS EDADES Y DE LAS MODIFICACIONES QUE CAUSAN AL HOMBRE.

Dos impulsos principales producen las diferentes edades de los animales; en primer lugar, el del medro, dilatacion y desarrollo; y en segundo lugar, el de descomposicion, concentracion y mengua; el primero es la prepotencia de la vida, y el segundo el predominio de la muerte. Traemos al nacer el jermen ó arranque de nuestra destruccion, el cual fomentamos y esplayamos incesantemente hasta que acaba con nosotros. En la juventud, prepondera el impulso del medro y dilatacion; en la edad varonil, mantiénese en equilibrio con el empuje del menoscabo; y este último predomina por fin en la decrepitud. Estos dos impulsos se dan siempre la mano; cuando el uno prevalece, mengua el otro, y viceversa. Las edades no son mas que el deterioro sucesivo de ciertas propiedades, ó el aumento gradual y proporcionado de las propiedades opuestas: así pues, el medro es tanto mas tardío, cuanto mas distante del nacimiento. El cuerpo, húmedo y jelatinoso al principio, se desjuga y consolida por suce-

sivos tránsitos. Los movimientos, que en la mocedad eran obvios y ejecutivos, se van luego entorpeciendo y dificultando por grados. El pulso, que en la época del nacimiento, daba ciento y treinta latidos en un minuto, se va minorando gradualmente, hasta no dar mas que cincuenta pulsaciones por minuto en la decrepitud. La necesidad de alimento, casi continua en la infancia, se modera gradualmente, y acaba con la abstinencia en la edad avanzada. El sueño, tan frecuente y profundo durante la juventud, se convierte en largo y triste desvelo al fin de la vida. La memoria mengua progresivamente desde la edad de razon hasta la vejez: otro tanto sucede con las pasiones; así es que el amor y la alegría, tan ardientes en la juventud, amainan, se entibian y desaparecen enteramente con el vigor y la vida. La actividad se convierte en languidez; el buen humor en profunda y seria melancolía; el atolondramiento en reflexion y cordura; la temeridad en zozobra; la franqueza y sencillez de la infancia paran en retraimiento y recelo en la senectud; la liviandad del mozo en la gravedad del viejo; la prodigalidad del primero va estrechándose poco á poco en economía, y por último en avaricia; la sensibilidad del corazon dejenera en indiferencia, y finalmente en dureza de alma; la emulacion jenerosa se aja y hunde en maligna envidia; sucede la desconfianza á la sencillez estremada, y la doblez á la inocencia. El jóven aspira á empresas grandiosas; el anciano se encierra en lo presente; el primero lanza su vida á lo venidero; el segundo se concen-

tra en lo presente. Así es como todas las cualidades del cuerpo y del espíritu pasan de la dilatacion á la concentracion, desde la mocedad á la vejez, por pasos intermedios.

En la primavera de la vida nos complacemos con la actualidad, porque todo halaga en derredor nuestro; todo es regocijo, todo es deleite, todo es ameno: la movilidad de nuestros órganos produce la de nuestros conceptos, de nuestro carácter y de nuestros anhelos. Agrádannos el movimiento y los ejercicios del cuerpo; somos ardientes, impetuosos, ágiles, robustos; nos aficionamos al baile, á la caza, á las peleas; nada nos importa el dinero para nuestros placeres; pensamos en satisfacer nuestros gustos, prescindiendo de la sólida utilidad; indóciles á los consejos prudentes, nos inclinamos á todos los vicios: pero en la edad varonil, contraemos conexiones útiles, formamos establecimientos, y procuramos hacer fortuna, corriendo tras los honores y los bienes duraderos. En la senectud, nos quejamos sin cesar de lo presente, porque nuestros órganos ejercen sus funciones con trabajo y dolor; no pudiendo ya gozar de los placeres actuales, alabamos los de los tiempos que fueron, y nos imaginamos que el mundo va deteriorándose, cuando el menoscabo está en nosotros. No de otra suerte cree el barquero que se mueve le ribera; y que él permanece inmóvil.

Los cuatro temperamentos principales coinciden tambien con las edades. El linfático corresponde á la infancia; y es como ella húmedo, pastoso, soño-

lento, pesado, voraz, de espíritu torpe, atontado, de carácter frío, incapaz de largas y profundas impresiones. La mocedad es de un temperamento análogo al sanguíneo; este se muestra siempre vivo, ágil, inconstante, desinteresado, inclinado al deleite y á los apetitos sensuales, alegre, decididor, desalado, curioso y pródigo. Refiérese la edad varonil al temperamento bilioso, que se muestra ardiente, robusto, nervioso, colérico, arrebatado, emprendedor, apasionado y abrasado de amor; sus arranques son nobles y elevados. En la edad madura y la vejez, adquirimos un temperamento melancólico; todos nuestros movimientos se dificultan; los músculos son secos y duros, el apetito escaso, los deseos lentos y reflexivos, el carácter prudente y aun engañoso, el espíritu triste, angustiado, oculto, circunspecto, pródigo y receloso; así es como los temperamentos nos ofrecen progresiones análogas á las de las edades. El linfático tiene el cuerpo denso, el sistema celular hinchado, blando, esponjoso, lleno de grasa y de linfa. El sanguíneo es bien conformado, gracioso; su cutis florido y delicado, su carácter sensible, pero inconstante. El bilioso es mas seco; su cutis fuerte y atezado, sus formas ásperas y señaladas, su estructura sólida, recia, llena de fuego y vigor. El melancólico está dotado de una constitución flaca, árida, estirada, de tez cárdena, de carácter tenaz y avariento, que subordina sus pasiones á la razón en beneficio propio.

Obsérvase también que cada edad influye sobre alguna parte del cuerpo vivo. En la infancia, el apa-

rato visceral, el tejido celular y el cerebro preponderan sobre todos los demás órganos: así es que los niños están espuestos á las enfermedades de la cabeza, á las obstrucciones de las glándulas, etc. La mocedad tiene el sistema vascular arterial superior al de las demás funciones; por cuyo motivo es propensa á las hemorragias, á las enfermedades pletóricas é inflamatorias, á las perineumonias, á las esquinancias y á las dolencias dependientes de los órganos de lo alto del cuerpo. La virilidad manifiesta los sistemas muscular, hepático y sexual preponderantes sobre las demás partes del cuerpo, y vese espuesta por lo mismo á calenturas ardientes, al cólera-morbo, al cólico y á todas las demás enfermedades que derivan de un exceso de estímulo en los intestinos y partes sexuales. Encontramos en la vejez una mengua de actividad en las vísceras del bajo vientre y en el sistema venoso hepático, de donde nacen achaques crónicos, fiebres intermitentes, el escorbuto, las úlceras, la hipocondría, etc.

Manifiéstanse por otra parte en la primavera de la vida un movimiento de dilatación y un impulso hácia el exterior; al paso que en la vejez se verifica un movimiento inverso, ó de concentración, y un empuje á lo interior. El cuerpo y el espíritu del jóven procuran estenderse á lo exterior y en todas dimensiones; pero en el anciano estréchase el cuerpo, encójese el espíritu, y todo va á parar al interior. El primero propende á esplayarse, y el segundo á contraerse. Las edades intermedias participan mas ó

menos de estos dos impulsos contrarios, y cuando estan colocadas en un justo medio miran los objetos bajo su verdadero punto de vista, pues en la edad primera vense las cosas mas allá de la verdad, y mas acá en la postrera; siendo esta sin duda una de las causas de nuestros falsos juicios y preocupaciones.

Si ahora comparamos las edades con los climas y los caracteres físicos y morales de sus habitantes, veremos que el septentrional tiene mucha analogía con el temperamento y las costumbres de la mocedad; que es voraz, fogoso, impaciente, belicoso, de bella complexion, de carácter móvil, alegre, jeneroso, aficionado á los placeres sensuales, emprendedor, sincero, cómodo, buen amigo, amante de la novedad y de la independenciam. El habitante de los trópicos es, como el anciano, flaco, tibio, lento, tímido, sobrio y lánguido; su complexion es árida y fibrosa; su carácter tenaz, triste, avariento y circunspecto; su espíritu aprensivo, suspicaz, meditador, escabroso en los negocios, engañoso, propenso á dominar, ó dispuesto á servir, pues estas dos cualidades tienen mas analogía de lo que parece. Los habitantes de las rejiones intermedias participan mas ó menos de estos dos extremos; pero fuera de eso, son activos, industriosos, hábiles, laboriosos y moderados; hacen y elijen todas sus cosas con razon, apetecen la gloria y la compostura, cultivan su talento, ostentan su númen, y se parecen por lo mismo al hombre ya formado.

Los habitantes de los paises frios representan el

jénero humano en su mocedad, los de los climas templados nos lo muestran en la edad varonil, y los de las rejiones cálidas lo ofrecen en su decrepitud.

Á tres épocas principales pueden reducirse las edades del hombre y de todos los entes organizados: la primera es la del *medro*, la segunda la de la *reproduccion*, y la tercera la del *menoscabo* y *destruccion*. Es cierto que si establecemos cuatro edades, nos vemos obligados á dividir por el medio una época única, cual es la de la perfeccion y reproduccion; lo que de ningun modo concuerda con lo que se verifica en el hombre, los animales y las plantas, en los cuales solo se notan tres tiempos señalados.

De todos modos, parece mas natural y sencillo dividir las edades en tres épocas, á saber: 1.º la juventud, ó el tiempo del medro, desde el nacimiento hasta la edad adulta, hácia los treinta años; 2.º la edad varonil, desde los treinta hasta los sesenta años; y 3.º la vejez, desde los sesenta años hasta la muerte. Un hombre bien constituido puede emplear treinta años para crecer y adquirir toda su perfeccion, otros treinta viviendo en ese estado cabal, y otros treinta en una vejez lozana y vigorosa, lo que hace un total de noventa años. La decimatercia semana de años termina á la nonajésima prima; y si no abusásemos de nuestras fuerzas con nuestros excesos y un jénero de vida las mas veces mal sano; si siguiésemos con los animales la ley natural, no cabe duda que alcanzariamos una vejez muy avanzada sin ningun accidente, segun lo prueban los muchos ejemplos que se notan entre los hombres.

sobrios, los habitantes del Norte, varios pueblos bravíos y los braçmanes de la India, que solo viven de vejetales, son castos, parcos y moderados. La existencia del cuadrúpedo alcanza, segun la regla establecida por Buffon, comprobada por repetidas observaciones, el séptuplo del tiempo que media entre su nacimiento y la época de su pubertad. Así pues, cuanto mas pronto sea capaz el animal de enjendrar, mas corta será su vida. El hombre, apenas púber á la edad de catorce años, debería vivir unos ciento; y si á tanto no alcanzamos, segun nos prometió la naturaleza, no tiene esta la culpa, sino nuestro propio desvarío, ó nuestra débil constitucion, causada por la mala complexion de nuestros padres: así pues, todas nuestras dolencias traen su orígen de nuestro modo de vivir poquísimos conforme con las leyes naturales.

Nótanse tres términos en la época del medro; el de la infancia, el de la pubertad, y el de la edad varonil.

ARTICULO PRIMERO.

DE LA INFANCIA.

El infante apenas salido de las entrañas maternas no tiene otra voz que el jemido, anunciando ya su desamparo, y dijérase que solo se presenta á la luz de la vida para sentir inmediatamente sus dolo-

res (1). Todos pasamos por ese estado de inocencia y desamparo, al vaiven de infinitos quebrantos, sin resguardo ni auxilio propio, puesto que nacemos mas desvalidos que los animales, y nuestra existencia se cifra en la de nuestra madre. El hombre nace entre la orina inmunda, vive en un estado continuo de dolor y zozobra, y se empoza luego en la tumba: ¡cierto que si no hubiese otra vida, mejor le fuera no haber nacido! Cuando el infante sale al mundo, lávanle en agua tibia con un poco de vino; enjúganle y átanle el cordon ombilical, cortándolo mas abajo de la ligadura. Las mujeres salvajes lo cortan con los dientes, y no siempre lo atan; pero, á pesar de esta falta de precaucion, son rarísimas entre ellas las hemorragias. Las Hotentotas no lavan nunca sus hijos para quitar la leve mucosidad que las aguas del amnios empapan en la piel. Muchas naciones del norte chapuzaban á los recién-nacidos en agua fria, y hasta los tendian sobre la nieve: tal era la costumbre de los Escoceses, Irlandeses, Helvecios y Jermanos, de quienes dijo un poeta:

Durum é stirpe genus, natos ad flumina primum
Deferimus sæv oque gelu duramus et undis.

(1) Tum porro, puer, ut sævis projectus ab undis,
Nauta, nudus humi jacet, infans, indigus omni
Vitæ auxilio, cum primum in luminis oras
Nixibus ex alvo matris natura profudit:
Vagitoque locum lugubri complet, ut æquum est
Quo tantum in vita restet transire malorum.

LUCREC, *Rer. nat.*, lib. v

Vide Plinio, lib. VII, *De imbecillitate naturæ humane*, y Lactancio, lib. *De opificio Dei*, cap. III.